

BIBLIOGRAFIA

La razón de mi vida, por EVA PERÓN. Editorial Peuser, Buenos Aires, 1951.

“La razón de mi vida” de Eva Perón es, por sobre todo, síntesis del sentir de una mujer humilde. Así lo entendió, antes que nadie, la misma autora, cuando dice: “Yo no me olvido, ni me olvidaré nunca, que fui gorrión, ni de que sigo siéndolo” o cuando, hablando de sí misma y de Perón, expresa: “Nos casamos porque nos quisimos y nos quisimos porque queríamos la misma cosa. De distinta manera los dos habíamos deseado hacer lo mismo: él sabiendo bien lo que quería hacer; yo, por sólo presentirlo; él, con la inteligencia; yo, con el corazón; él, preparado para la lucha; yo, dispuesta a todo sin saber nada; él, culto y yo sencilla; él, enorme, y yo pequeña; él, maestro y yo alumna. El, la figura y yo la sombra”.

Pero si es síntesis de una mujer humilde, es también grito de coraje de una mujer valiente ante lo injusto. “He hallado en mi corazón, un sentimiento fundamental que domina desde allí, en forma total, mi espíritu y mi vida: ese sentimiento es mi indignación frente a la injusticia”; y, cómo el “valor” y sobre todo cuando va acompañado de la “humildad”, es inseparable de la “veracidad”, es por sobre todo un libro sincero. He ahí, el mérito grande del libro sincero de una mujer humilde, escrito con valentía, porque humildad, valentía y sinceridad se necesitan para decir, ocupando el sitio que ella ocupara, lo que Eva Perón dice en las páginas sencillas de “La Razón de mi vida”.

Si el lenguaje sencillo es el más apropiado para decir cosas grandes y profundas destinadas a obtener de muchos la exclamación: ¡Eso era lo que yo quería decir sin saber cómo debía decirlo! Eva Perón ha logrado escribirlas, cuando habla de la injusticia, cuando habla del amor, cuando define “al hombre común” y lo individualiza en su valor negativo como expresión de progreso, o cuando escribe aquellas que tienen valor de símbolo para los que aún creen que la vida sólo vale ser vivida cuando se vive plenamente; y por así vivirla, no alcanzan a valorar su propia obra, sin ver que quizás cambian el curso de la historia, que no otra cosa es lo en este caso realizado por Eva Perón en la semana de octubre, sintetizado por ella en estas humildes palabras:

“Desde que Perón se fué hasta que el pueblo lo reconquistó para él —¡y para mí!— mis días fueron jornadas de dolor y de fiebre. Me largué a la calle buscando a los amigos que podían hacer todavía alguna cosa por él. Fui así, de puerta en puerta. En ese penoso e incansante caminar sentía arder en mi corazón la llama de su incendio, que quemaba mi absoluta pequeñez. Nunca me sentí —lo digo de verdad— tan pequeña, tan poca cosa como en aquellos ocho días memorables”.

“Desde aquellos días pienso que no debe ser muy difícil morir por una causa que se ama. O simplemente: morir por amor. “El amor es darse, y “darse” es dar la propia vida”.

Anticipo de su trágico destino de heroína y de mártir, que si enlutó la Patria, también la ubicó señera en el concierto de las naciones para gloria de una raza y felicidad de un pueblo.

Y si “La Razón de mi vida” es la expresión humilde de una mujer que “siente”, es también látigo que castiga cuando debe definir el estado de la Patria antes del 43 o señalar a los falsos profetas de la oligarquía; y por cierto, bien está que sea látigo, porque “sintiendo” más que “razonando”, el espíritu de todo ser de bien, se rebela ante la traición, e ídolo y la mentira.

Eva Perón fué por sobre todo expresión máxima de la mujer que antepone corazón a cerebro, espíritu a materia, y por lo tanto, vibra intensamente ante el dolor o la felicidad, cualidad propia de los seres superiores que conjugan armoniosamente el idealismo que crea y el realismo que concreta.

Nadie con más exactitud ha dicho lo que significa el hombre de trabajo como exponente de dignidad ciudadana, como factor de progreso y como expresión de gratitud. La lectura de los capítulos “Descender”, “La tarde de los miércoles” y “Los grandes días”, en su sencillez son el mejor homenaje que pudo rendirse a quienes laborando hacen la grandeza de la Patria. Es que ella, como nadie, tuvo el privilegio de interpretar el pensamiento del Líder de la Nueva Argentina, y Perón es indudablemente el primer hombre de gobierno que supo valorar lo que significaban los trabajadores como puntales de engrandecimiento de la Nación, si primariamente se les restituye el derecho natural y legal de ser “hombres”; pero si los capítulos señalados son homenaje de reconocimiento a los trabajadores, cuando habla de los humildes, de los desheredados, de los que viven sufriendo, —si se puede llamar vivir a la existencia que tenían—, entonces, el lenguaje tiene una expresión distinta. Trasunta emoción contenida, ansias de un mundo mejor, deseo ferviente de ser abanderada de la justicia social.

Su lectura es permanente lección que todos debieran aprender para que todos pudieran decir: “¡Yo he visto llorar a los humildes y no de dolor, que de dolor lloran hasta los animales! ¡Yo los he visto llorar

por agradecimiento!" Que si así fuere, el mundo será mejor porque todos, como Eva Perón, se emocionarán ante una carta que diga así: "Querida Evita: yo quiero para los Reyes cualquier cosa con tal de tener un recuerdo suyo. Pero no tengo ninguna bicicleta".

Cuando en los últimos capítulos habla de la mujer y su misión en la vida, ¡quién con más humildad y de manera más simple dijo cosas más grandes y más profundas! Qué grandeza hay al decir: "No estamos en ninguno de los grandes centros que constituyen un poder en el mundo. Y sin embargo estuvimos siempre en la hora de la agonía y en todas las horas amargas de la humanidad. Parece como si nuestra vocación no fuese sustancialmente la de crear sino la del sacrificio. Nuestro símbolo debería ser el de la madre de Cristo al pie de la Cruz. Y sin embargo nuestra más alta misión no es ésa, sino crear". Para enmarcar en una expresión sublime, el cuadro magnífico que es "La Razón de mi vida", bien están las palabras finales del Capítulo LVII: "Tal vez un día, cuando yo me vaya definitivamente, alguien dirá de mí lo que muchos hijos suelen decir, en el pueblo, de sus madres cuando se van, también definitivamente: ¡Ahora recién nos damos cuenta que nos amaba tanto!".

Libro escrito con el corazón, "sintiendo", debe leerse de igual manera. No buscamos en él, si la forma se ajusta a cánones literarios que no interesan, sino por el contrario, detengámonos en la frase simple que habla de amor, de amor y de justicia, de ese amor que sublimiza la vida humilde, que justamente por ser humilde, sabe conjugar el verbo amar; de esa justicia, que por ser justicia, "no es filantropía, ni es caridad, ni es limosna, ni es solidaridad social, ni es beneficencia".

Así leamos "La Razón de mi vida", porque sólo así puede ser leído, porque quien así no sea capaz de leerlo, mejor es que no lo lea... y medite si ante el Tribunal de la Patria y de la historia podrá justificar el honor de llamarse argentino.

M. R. S.

Incapacidad civil de los insanos mentales, por el Dr. ALBERTO J. MOLINAS, Ediar, 1948, 2 tomos. (*)

Con nota laudatoria del Prof. Héctor Lafaille, el Dr. Alberto J. Molinas, Ex-Vocal del Superior Tribunal de Justicia de la Provincia de Santa Fe, Ex-Decano y Profesor Titular de Derecho Civil de la Fa-

(*) Del N° 2, pág. 103 (Año I) de la Revista Jurídica del Perú, órgano del Comité Peruano de la Sociedad de Legislación Comparada.

cultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional del Litoral, Director del Instituto de Derecho Civil de la misma Facultad, y Miembro de la Sección Argentina de la Societé de Législation Comparée, ha publicado su obra titulada "Incapacidad civil de los insanos mentales".

El tema tratado requiere corrección terminológica para poder comprender los diferentes conceptos con que el investigador va a trabajar. Así, el autor ha empleado la expresión "insanos mentales", que no consideramos apropiada, ya que hubiéramos preferido "enfermos mentales" o "alienados", discrepancia explicable por la imprecisión que hay todavía respecto de ciertos vocablos psiquiátricos. El primer tomo está dedicado a considerar los diferentes aspectos que ofrecen los alienados dentro de la ley argentina.

Este volumen comprende los siguientes capítulos: Normas y principios a que deben ajustarse los Códigos en esta materia; Restricción de la capacidad en las personas faltas de normal sanidad mental. Diversos fundamentos; Lenguaje de los Códigos; Actuación del médico y del Juez. Su intervención en los casos de insanía; De los dementes; el Art. 141 del Código; La palabra "dementes" comprende en nuestro Código a todas las personas que por causas psíquicas no gozan de la completa o perfecta razón en el sentido que de ésta tiene el mismo y ella alcanza así a los llamados hoy en Psiquiatría, alienados y semi-alienados o fronterizos; Intervalo lúcido; el Ante-Proyecto de Bibiloni y el Proyecto de la Comisión Reformadora de 1936. Fundamento. Terminología; Los Arts. 142 y 143 del Código; el Art. 144 del Código y sus concomitantes; los esposos y el juicio de insanía; Los parientes y el juicio de insanía; El defensor de menores y el juicio de insanía; El Cónsul de un país extranjero y el derecho acordado en el caso de insanía de un connacional. Derecho acordado a cualquier persona del pueblo cuando el demente fuere furioso o incomode a sus vecinos; Los Arts. 145 y 146 del Código; el Art. 147 del Código; Los Arts. 148 y 149 del Código; Facultades de los curadores provisorios del presunto demente; Situación legal del presunto demente a quien se ha nombrado curador provisorio durante la tramitación del juicio de insanía. Deberá decretarse su interdicción provisoria.

El tomo segundo destaca la sentencia en el juicio de insanía y sus efectos (cap. XXI); el curador definitivo; su principal obligación, interacción y cuidado de la persona (cap. XXII); el estudio de los Arts. 473 y 474 del Código Civil Argentino (cap. XXIII); los actos personalísimos del demente declarado (cap. XXIV); y el precepto del Art. 150 del mismo Código (cap. XXV).

Estos capítulos se caracterizan tanto por el prolijo examen de los textos legales, cuanto por la acertada crítica que de ellos se hace. En

este t6pico resulta muy interesante el estudio del r6gimen restrictivo de la capacidad, tanto para lo senfermos como para los d6biles mentales, en el Art. 561 del C6digo Civil peruano, que, condicionado en la forma que el doctor Molinas propone, es en verdad un r6gimen mixto.

La obra que reseamos contiene tambi6n oportunas referencias al C6digo Franc6s, al Proyecto de C6digo Espaol, a los C6digos Italiano, Suizo, Alem6n, Venezolano, al Anteproyecto de Babiloni y al Proyecto Argentino de 1936, cuyas soluciones analiza, impugnando las cr6ticas de que este 6ltimo ha sido objeto.

En sntesis, se trata de un trabajo excelente sobre la insanía y sus efectos realizado en un ambiente y por una mentalidad muy versada en el tema.

No6 Aguilar Flores

Fernando García del Molino. El pintor de la Federaci6n, por JOS6 LE6N PAGANO. Buenos Aires, 1948, Peuser S. A., 70+ 1+ [1] p., 200 x 275 mm.

La Subsecretaría de Cultura, dependiente de la Secretaría de Educaci6n, da a conocer en este volumen, cincuenta l6minas de la magnífica obra realizada por el pintor García del Molino, durante el gobierno del General don Juan Manuel de Rosas, al que llama su autor "el pintor de la Federaci6n", por estar compuesta esta colecci6n de retratos del entonces Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, y de sus familiares, de algunos de los hombres que actuaron durante su gobierno, y pinturas de varias construcciones de aquella 6poca.

Una de las l6minas m6s interesantes que se reproduce en este conjunto, es un dibujo del General Rosas en la ancianidad, a la que Jos6 Le6n Pagano destaca en el estudio que precede a estas reproducciones.

Con el conocimiento que le es reconocido como critico artistico e hist6rico, el autor presenta una breve reseña hist6rica de cada una de las l6minas, destacando en ellas los rasgos m6s sobresalientes de las personalidades retratadas por este pintor chileno que actuara en la Argentina durante largos aros.

Con ello queda aclarada la importante obra que le fuera negada hasta hoy, habi6ndosele considerado solamente como un miniaturista, y no como pintor de grandes m6ritos.

Completa este trabajo, una breve reseña biogr6fica del artista, dando datos in6ditos sobre su origen, basados en una leyenda que figura en un cuadro que representa a Santa Coleta, hallado por Jos6 Le6n

Pagano en el Convento de San Francisco de la ciudad de Buenos Aires, que dice: "1859-1º de octubre. Víspera de la consagración del Reverendo Padre Frai Nicolás Aldazor Presidente de este Convento de San Francisco como Obispo de Cuyo; obsequió este cuadro a esta iglesia el pintor por amor a aquél y en memoria de su finada madre doña Carmen de la Torre, natural de Santiago de Chile, donde nació también su hijo el 13 de marzo de 1813. Fdo. García del Molino lo inventó y pintó 1850".

Ya otros autores habían atribuido esta nacionalidad al pintor, pero sin datos precisos como los que ofrece José León Pagano.

Es éste un trabajo interesante desde el punto de vista histórico y artístico por los datos suministrados en él.

Sara Sabor Vila

Las Indias no eran colonias, por RICARDO LEVENE, Ed. Espasa-Calpe.

La colección austral, que edita Espasa-Calpe, en su serie verde de Ensayos y Filosofía, acaba de publicar un libro de extraordinaria importancia para la elucidación y el conocimiento de la condición jurídica de América, nos referimos a "*Las Indias no eran colonias*" del Dr. Ricardo Levene, Presidente de la Academia Nacional de la Historia.

La personalidad relevante del ilustre maestro de la historiografía argentina es vastamente conocida en todos los medios intelectuales del país, y ha mucho que ha trascendido nuestras fronteras merced a su sostenida y alta obra de cultura, cumplida siempre con un afán patriótico enaltecedor.

En "*Las Indias no eran colonias*" el Dr. Levene sostiene con su reconocida erudición la teoría de que las Indias no eran lo que el largo decir indiscriminado acuñó como moneda de buen trueque: colonias de España, sino Provincias, Reinos, Señoríos, Repúblicas (esta última denominación en sentido etimológico) y fundamenta su teoría en el acervo maravilloso de la legislación indiana, llamada acertadamente "*Gloria de España y de la civilización cristiana*" por su Eminencia el Cardinal Dr. Antonio Caggiano; en la doctrina de los grandes juristas de Indias, especialmente Antonio de León Pinelo y Juan de Solórzano Pereira y en las opiniones de los economistas de Indias como Ustariz, Ulloa, Rubalcava, Ward y Campomanes.

Aporte importantísimo a la demostración de la tesis del Dr. Levene son las "*Reflexiones del abate Nuix refutando a los injustos acusados*".

res de España en el siglo XVIII, como Raynal y Robertson, que exajeraron la crítica cristiana del Padre Fray Bartolomé de las Casas, el dominico sediento de justicia, cuya prédica de caridad y amor, deformada por los enemigos de España, daría origen a la famosa "Leyenda negra".

El capítulo VII de la obra trata de los publicistas y gobernantes de Indias en el siglo XVIII que preconizaron las reformas, principalmente económicas, a la legislación indiana. Destacándose entre ellos: el Conde de Aranda, Jovellanos, Floridablanca, José Gálvez, Miguel de Lastarria y sobre todo Victorian de Villada.

El análisis del decreto de 22 de enero de 1809, dado por la Junta de Sevilla a nombre del Rey, y su interpretación en todo su alcance político por Mariano Moreno, el Adalid de Mayo, condicionan el desarrollo del capítulo noveno de esta obra de trascendental importancia.

Iniciado con un justiciero y emotivo estudio acerca de la acción de Isabel la Católica "inspiradora de ese nuevo y audaz derecho eminentemente social, que es el Derecho Indiano", se cierra el libro con la declaración de la Academia Nacional de la Historia, de fecha 2 de octubre de 1948, de denominar por razón de verdad y de justicia *período hispánico* al errónea y comunmente llamado *período colonial* en la Historia Argentina anterior a la Revolución de Mayo.

Inspirado en un noble amor a España cuya obra en América, "aún escrita por sus enemigos resultó grande" —para decirlo con el concepto de Menéndez y Pelayo— y en un alto propósito de verdad histórica, la obra del Dr. Levene ratifica ante la más exigente crítica historiográfica la verdad que abandera su título: "Las Indias no eran colonias".

Leoncio Gianello

Chile a la vista, por EDUARDO BLANCO-AMOR. Editorial del Pá-cífico, S. A. Santiago de Chile, 1951.

Casi todos los libros de viaje pueden clasificarse en cuadernos de bitácora y guías de turismo. A poco de navegar en aquellos se advierte que el autor perdió el rumbo, pecando de prolijo, para acabar en la sucinta relación de un derrotero, con lo que el libro se descasta, —que es perder su linaje más propio, su más auténtico ser—; o, por ser obra de turista, queda en agraz, que es como no alcanzar nunca la altura a que aspiró.

Esto sucede en casi todos los libros de viaje; mas en ese *cast* caben todos los milagros de la excepción. Y esta vez el milagro se produ-

jo en Chile y su autor es un gallego que vive en Buenos Aires y es poeta, en el primitivo significado que tuvo esta palabra antes de ajarse.

Eduardo Blanco-Amor, que así se llama este galaico-argentino, ha escrito un libro rápido y penetrante como un dardo. En este jugoso fruto de su alma periodista, con generoso vuelco de sí mismo, nos deslumbró con su rica sorpresa de ojos bien abiertos ante cada elemento del paisaje chileno: mar y cielo; ciudad y pueblo; vegetal y mineral; sobre todo, ante el hombre, como el más noble integrante del panorama de nuestro fraterno vecino de la "loca geografía".

Y el producto de este enamoramiento de poeta ha nacido con la tibieza de su sangre y el latido acelerado de su pulso. Por eso podría leer este libro aquel gran señor de Shakespeare, que rechazaba todos los que no hablaran de amor. Porque en este libro de auténtico viajero — no de mareante, ni de turista; no de sociólogo, ni de estadista— campea un amor entrañable por el pueblo chileno, encarnado en el sufrido magallánico, el suave chilote, el pintoresco "roto", el huaso legendario, el pueblerino, el minero del cobre, el carbón y el salitre, el pescador del Pacífico, el cultivado ciudadano de Santiago o el universitario de Concepción.

Detrás de la atrayente portada —línea de plata sobre fondo de azul—, elegante obra del arte gráfico que firma Camilo Mori, se encuentra encerrado todo Chile. Las ciudades y los pueblos caminados calle a calle. Santiago, que le robó el corazón a poco de llegar; cuya vida cotidiana de ciudad moderna tiene un antiguo tono familiar; ciudad capital que lo reclamó en sus vericuetos y en su tipicidad. La portefía Valparaíso, recostada en su bahía cosmopolita —trampolín para largas singladuras rumbo a toda la Oceanía y el Oriente—; y la balnearia Viña del Mar, con su fina elegancia de fin de siglo, le arrancan páginas que son acuarelas, plenas de atmósfera marinera. Sin dejar por eso de apuntar con su índice a la otra cara de la moneda: "los barrios altos, donde habitan los que en otras ciudades viven en los barrios bajos". Y Puerto Montt, estratégico en el seno del Reloncaví, con sus aguafuertes de mercado oriental, sobre el atiborramiento haraposo de las barcas escoradas junto al muelle de Angelmó. Y luego Chiloé, la "isla grande", un poco tenida a menos por el resto del país, con su plácida vida de primitivo encanto. Y los lagos sureños —¡esos lagos de aguas cristalinas o de increíble opacidad verdosa!— al pie de los señoriales volcanes con sus bonetes de nieve: ¡el Calbuco, el Osorno!... La zona austral, allá donde el mapa se hace trizas, salpicando el mar con millares de trocitos verdes; con su endiablada meteorología de imposible pronóstico; sus cordilleras blancas; sus empinados gigantes forestales; sus canales encajonados y erizados de agujas de roca. El archipiélago fueguino, con la denigrada epopeya de José Menéndez, que hoy tiene la

sede recordativa y la central de su vasto poderío en Punta Arenas, la ciudad más austral del mundo. Y el Estrecho de Magallanes, con la novedad jubilosa del petróleo de Springhill —hoy Manantiales—, junto a la Primera Angostura; el Estrecho con las mil bahías y penínsulas, senos, fiordos y caletas, recamado de milenarios ventisqueros, que dibujan el recio encaje de esas costas, allí donde se va difuminando Sud América entre las frías aguas de los dos Océanos...

En otros capítulos, el áspero desierto de pesadilla, que es el norte de Chile; con sus habitantes porfiando con el dintorno, apretando la entraña de la tierra hasta hacerle vomitar los minerales; con sus aldeas sedientas y las ruinas de pueblos que crecieron y murieron con la misma rapidez con que subió y bajó una de esas fiebres que atraen a hombres de todas las latitudes. Y, al final, el fronterizo extremo norteño del país hermano, con las ciudades depositarias de la fe patriótica, dignos escenarios de los hechos nacionales que hoy recuerdan los chilenos con lágrimas en los ojos y mucho orgullo en la frente, cuando hablan de Iquique, el Morro de Arica, la popularísima figura del héroe Arturo Prat y su romántica hazaña...

Todo eso y mucho más; sin estadísticas ni análisis geográfico-políticos; en un estilo de vuela-pluma, aunque cálido y luminoso, contiene este libro que trae entre sus hojas toda la humanidad gozosa del fraterno país, a la par que muestra, sin tapujos crípticos, el dolor humano y la pequeña miseria chilena, que es el dolor y la miseria de América toda. Porque si en la descripción de la mina "El Teniente", en Rancagua (de la Braden Copper Co.) se permite un alarde periodístico, consiguiendo transportar al lector hasta el intríngulis del proceso del cobre, sin necesidad de datos técnicos ni abuso de guarismos, contándolo como en rueda familiar; a la vez se le escapa un grito del más alto amor humano cuando, en lo profundo, cambia su mirada con el joven minero, al que tanto quisiera decirle, y luego se aleja por la oscura galería "con los ojos llenos de agua: ¡ese polvo de la mina!..."

Y todo eso tan bello, tan fiel a la realidad, tan levantado y noble, escrito por un poeta que, a cada paso, demuestra su admiración por Ortega; todo ese producto de un maravilloso periplo, cumplido con el alma en carne viva, viene envuelto en un humorismo de buena moneda que no puede lastimar a nadie, porque el primer blanco es el propio Blanco-Amor. Un humorismo fino, inteligente, que el chileno saboreará con fruición ya que, es sabido, goza de un agudo sentido de la gracia limpia y fresca; y más cuando ha sido dicha con un sincero amor por su país, como el que se derrama de cada letra de "Chile a la vista".

Las artes tipográficas chilenas, que otrora dejaron mucho que desear, demuestran con esta obra, salida de sus prensas en mayo de 1951, que han llegado a la altura de las mejores de nuestro continente.

Jorge Reynoso Aldao

Una época en la pintura santafesina, por ANTONIO COLÓN, Ed. Castellví, Santa Fe, 1951, 77 p.

Antonio Colón, que en la actualidad está al frente del Museo Municipal de Bellas Artes de la ciudad de Santa Fe, rinde en este libro, fervoroso tributo a figuras de una época en la pintura santafesina que abrieron camino a la realidad plástica en nuestro medio. Se detiene en cuatro de ellas que por la circunstancia de haber cumplido, acaecida la muerte, con el ciclo total de su labor, lo permiten valorarlas a la luz del juicio librado de presencias que por explicable fuerza, pudiesen limitar su amplitud. Ha querido, por lo demás, ceñirse a un propósito de exaltación regional, particularizado en las actividades artísticas que se desenvuelven en una ciudad, sin duda para propender al desarrollo de las mismas con el estímulo para las nuevas promociones. En este orden, Antonio Colón completa con su labor escrita su obra práctica al frente de una institución de innegable gravitación. Juan Cingolani, José Reinares, Salvador Cabedo, José M. D'Annunzio, son "precursores de la pintura de esta vasta zona" y Antonio Colón no oculta que este hecho auspicioso desde principio de siglo, merece valorarse especialmente aun al margen de toda crítica dirigida en particular a los cuadros y en general a la trascendencia formativa de cada uno de ellos. Abrieron con sacrificios una ruta ancha unidos a otros valores locales y cualquiera que sea el reparo que pudiese formularse al pensamiento general que inspirara la pintura de "los precursores", empalidece en este libro, destinado a arraigar en el convencimiento de los artistas la certidumbre de que el pueblo donde viven y donde luchan, está vigilante para comprender la trayectoria de cada uno. La simpatía con que Colón sigue la labor y la vida de los cuatro artistas estriba pues, en el significado que tuvieron como promotores en este siglo. A veces une el recuerdo personal en forma emotiva al conocimiento de los pintores recordados y es entonces cuando su prosa, límpida, adquiere una sugestiva tonalidad anecdótica que se adapta muy bien a la orientación de sus semblanzas. El generoso fin del autor halla justificación en el cotidiano impulso y en la silenciosa tarea diaria, y se apoya en su convencimiento de que ha de partirse de los comienzos y seguirse con la crítica para que la pintura logre su plenitud, pero sin disminuirse el esfuerzo altruista de quienes dieron cuanto fueron capaces por afirmar una obra y por dejar un nombre. Colón ha recogido el de estos cuatro que a veces asombran por haber afrontado en un medio reducido, afanes que aun conducen, por lo general, a la soledad y al renunciamento, si una gran confianza en el poder creador del hombre no los sostuviera en la lucha.

Completa cada una de las semblanzas, finamente trazadas, una sín-

tesis biográfica y la enunciación de las obras por orden de fecha y su destino actual, lo que demuestra cuanta dedicación y paciente búsqueda se ha puesto en este libro, que, bien presentado, editó Castellví con abundancia de ilustraciones en negro.

Gastón Gori

Encuentro con Arturo Cambours Ocampo, por FURIO LILLI,
Edición Acento, Buenos Aires, 1950, 63 pág.

El autor traza un brevísimo panorama general de nuestra poesía después de señalar en el mundo la existencia de una crisis de la poesía, sin precisar el campo de donde proceden los elementos de esa llamada crisis. En el panorama ubica a Cambours Ocampo, procedente de la "novísima generación de su época, y después de consideraciones un tanto fugaces, analiza una fase preliminar de su formación espiritual y sus libros "El reloj de la hora bailarina", "Suburbio mío" y en capítulos sucesivos toda la producción poética hasta la madurez. Libro de simpatía personal, está por sobre todo destinado a hacer penetrar en el mundo poético de Cambours Ocampo y a señalar las corrientes del pensamiento con las que entronca. Sigue el itinerario de su creación para reconstruirlo con aquello que lógicamente, integra su poesía. El folleto está muy bien presentado por Acento.

Gastón Gori

Fundamentos del Derecho Procesal Civil, por EDUARDO J. COUTURE, Ed. Depalma, 1951.

Acaba de aparecer esta segunda edición totalmente renovada y ampliada por su autor, por lo que afirmar de que se trata de una obra distinta a la primera, quizá sea lo justo, aunque bajo el mismo título.

El tomo se compone de trescientos cincuenta páginas, pulcramente impresas en excelente papel, y con tres índices al final, uno, de autores citados, otro de materias consideradas, y finalmente un tercero de títulos y subtítulos en que se ordena todo el material o contenido estudiado.

Del Profesor Couture hemos juzgado, —en la medida en que puede serlo en nota bibliográfica—, el segundo tomo de los "Estudios de Derecho Procesal Civil" y, acusamos recibo del tercero, y no sería con-

veniente renovar aquí el pregón de sus excelencias como científico del derecho, como jurista y procesalista.

Refiriéndonos concretamente al libro que comentamos, debe decirse que el mismo contiene tres partes, tratando la "parte primera", de: "Constitución del Proceso", Cap. I. "La Acción"; Cap. II. "La Excepción"; Cap. III. "El proceso"; la "Parte Segunda", del "Desenvolvimiento del Proceso"; Cap. I. "Los actos Procesales"; Cap. II. "La Prueba"; Cap. III. "La Sentencia", y la "Parte Tercera", trata en el Cap. I. "Los Recursos", Cap. II. "La Cosa Juzgada", Cap. III. "La Ejecución".

No solamente que el libro consta de más o menos cincuenta páginas más que la primera edición, sino que el material bibliográfico aparece considerablemente ampliado y actualizado, por lo que para citar al autor en el futuro habrá que distinguir cuidadosamente de qué edición se trata. Existe, entre la primera y la segunda, pues, una diferencia considerable, siendo ésta obra de plenitud, de rara plenitud, dada la profundidad de pensamiento, y la clara manera de inteligir los intrincados problemas del derecho procesal en este orden de generalidad, en que son estudiados los pilares de la ciencia procesal civil.

Los remozados puntos de vista del autor sobre la acción, hemos tenido el gusto de leerlos en su opúsculo publicado por Depalma en 1949, bajo el título "Introducción al Estudio del Proceso Civil", y que consisten en las conferencias que en francés diera el Dr. Couture en la Facultad de Derecho de París, en la primavera del mismo año. No es pues extraño decir que esas mismas ideas que fueron expuestas a la más alta crítica —las conferencias fueron replicadas por M. Frémicourt, Presidente de la Corte de Casación, y otros—, aparecen en esta parte primera difícil, con toda soltura y desenvolvimiento, expuestas en quien ha pulsado el vigor de los conceptos en la seguridad de sus propias ideas.

Nada mejor para una idea general de la obra que transcribir un párrafo del prólogo que dice: "Por circunstancias especiales, se ha dado el caso de que en nuestros trabajos de los últimos tiempos, hemos debido abarcar las tres grandes ramas del conocimiento jurídico: la ontología, la fenomenología y la axiología.

"La *Introducción al estudio del proceso civil*, en su intento de "aprehensión de las esencias de los principales institutos del proceso, es un libro de ontología. Los *Estudios de derecho procesal civil*, conjunto de investigaciones sobre las vicencias del derecho en la experiencia jurídica, en la experiencia sobre la cual esos estudios fueron más de una vez dolorosamente forjados, constituyen fenomenología jurídica, vale decir, descripción del derecho como conducta humana efectivamente vivida. Y el *Proyecto de Código de Procedimiento Civil*,

“en especial en su exposición de motivos, es un esfuerzo de aciología “jurídica, pensamiento apuntado hacia los valores de justicia, de propiedad, de orden, de eficacia del proceso”.

No es frecuente encontrar en la literatura procesal un “Handbuch”, un manual que nos permita ubicarnos con seguridad dentro del fundamento, de los grandes y generales problemas de una ciencia, con tanta seguridad como lo permite una reposada lectura de esta obra que en su género es sin duda una obra maestra.

La renovación extraordinaria de la Ciencia Procesal en los últimos treinta años, ha sido extraordinaria. No sólo ha cobrado independencia, sino jerarquía dentro de la unidad sistemática del Derecho, y ya nadie puede desconocerlo. Obras como ésta alcanzan por su naturaleza, por su orden interno, por su esfuerzo onmicomprensivo de toda la estructura del derecho procesal y sus instituciones básicas, una trascendencia y valor que sólo el tiempo sabrá valorar, y donde la cultura jurídica de América sale sin duda beneficiada.

Domingo López Cuesta

Inteligencia estratégica, para la política mundial norteamericana, por S. KENT. Buenos Aires, Círculo Militar, 1951, 239 p. (Biblioteca del Oficial, nº 391).

Es ésta la traducción castellana de la obra escrita por un profesor de la Universidad de Yale que, durante la pasada guerra, prestó servicios en la Oficina de Servicios Estratégicos estadounidense, vale decir, una autoridad en la materia. Está destinada a analizar el carácter y la organización de los llamados “servicios de informaciones” de los gobiernos. No se trata de cómo se consigue la información de un tipo secreto, obtenida por intermedio del llamado vulgarmente espionaje. El autor advierte, con suma razón, que el espionaje no es sino una fuente más de información; gran parte de los datos —a veces de vital importancia— pueden ser obtenidos por la inteligente compulsión y organización de fuentes totalmente públicas e, incluso, oficiales. Por ejemplo, ¿cuántas líneas ferroviarias existen entre tal y tal ciudad? ¿Son de vía única o doble? ¿De qué trocha? ¿Hay abundancia de obras de arte, terraplenes, etc.? Todos estos informes pueden ser obtenidos por medios lícitos y, sin embargo, disponer de ellos en forma inmediata (a veces en pocas horas) puede ser importantísimo para un Estado Mayor.

El profesor Kent parte del supuesto que las decisiones deben ser tomadas sobre la base de conocimientos positivos, nunca por simple intuición o "corazonada". Ello constituye el fundamento de nuestra civilización occidental y todas las veces que un gobernante ha querido actuar por mera intuición, ha acarreado consecuencias desastrosas para su pueblo, confirmándose así el principio. La obra se divide en tres partes. La primera, "la información es conocimiento", se ocupa del contenido sustantivo de esta información. Elemento descriptivo básico o sean datos que atañen a la estructura geográfica, racial, política, etc., de un país, que pueden compilarse en monografías similares a las que el Estado Mayor alemán confeccionara para cada una de las naciones de su interés. Elemento informativo corriente, es decir, la continua actualización de los legajos o monografías antes citadas. Elemento especulativo-evaluativo, esto es, utilización crítica del conocimiento acumulado a fin de poder tener una idea, lo más exacta posible, de las probables reacciones de un país determinado ante una situación dada y de la posibilidad o imposibilidad de que este país adopte tal o cual actitud. La segunda parte, "la información es organización", trata de la manera en que el servicio puede ser organizado. Por medio de una oficina central, común para todas las ramas del gobierno o por medio de oficinas departamentales, pertenecientes a cada uno de los organismos interesados. Se analizan ambas soluciones a la luz de la experiencia recogida durante la pasada guerra y se estudian también los problemas que plantea la obtención de personal adecuado, los recursos administrativos, etc. En especial se estudia con detención el papel que, en este servicio, desempeña la biblioteca, clave de toda la organización. La tercera parte "la información es actividad" se refiere, en primer término, a algunos de los métodos utilizados por el servicio de información (planteamiento previsor de tópicos a investigarse, indicaciones de origen que permitan valorar oportunamente la información, etc.). Luego se estudian los distintos tipos de productores y consumidores de información, esto es, quienes la compilan y quienes la utilizan.

Este trabajo, concreto y positivo, es de sumo interés para todos aquellos que se desempeñan en servicios cuya misión consiste en responder a preguntas y consultas. Con ello queda indicado que debe ser leído y meditado por todo bibliotecario conciente ya que la misión de la biblioteca moderna es, precisamente, desempeñarse como una eficaz oficina de informaciones.

J. F. Finó

Destins industriels du monde, por A. DUCROCQ, avec 11 illustrations, préf. de C. J. Gignoux, París, Berger-Levrault, 1951, XII - 326 p.

A mediados del siglo pasado se produce un acontecimiento de inmensas proporciones: el nacimiento de la gran industria que barre con toda la estructura económico-social existente y la reemplaza por un engranaje en el que —quíerese o no— el hombre se halla atrapado. “La Historia ha vendido su alma a la Industria”, dice con razón el autor evocando la leyenda de Fausto, y al cabo de pocos años vemos que el mundo se ha transformado totalmente. Hay mayores y más profundas diferencias entre nosotros y un contemporáneo de Luis Felipe (1840) que entre éste y un fellah de los tiempos de Ramsés II (1300 años antes de Cristo).

Pero el libro de Ducrocq no es un análisis político-social del mundo de hoy ni una anticipación, más o menos fantástica, del mundo de mañana. Es algo mucho más positivo y útil: un estudio de las bases sobre las cuales se asienta este mundo industrial y de los recursos que le permiten desarrollarse. En catorce capítulos, llenos de información precisa y de sugestivas observaciones, el autor estudia: El nacimiento de la gran industria moderna, la máquina de vapor, la fabricación del acero en alta escala y el motor a explosión. El problema de la energía “sangre de la potencialidad industrial” y la lucha entre el petróleo y el carbón, esto es, de América contra Europa. Las futuras fuentes de energía: mar, ríos, vientos, sol, pila atómica. Los transportes. La electricidad, energía “selecta”, indispensable para determinados trabajos pero imposible de almacenarse y, a veces, difícil de ser transportada. Viene luego el estudio del hierro y del acero, de los metales livianos y un panorama de conjunto sobre las existencias metalíferas de nuestro planeta del que resulta que ciertos metales, impropriamente llamados “comunes” como el plomo, el cobre y el estaño, son en realidad sumamente escasos y sus vetas a punto de agotarse. Por último, el autor dedica un capítulo a la química que, con los materiales plásticos y los silicónes, ha provisto al hombre de nuevas materias primas de su entera fabricación. La parte final de la obra está consagrada a tópicos de carácter económico. La población de la tierra, sus necesidades y su organización. Los factores que han condicionado la potencia norteamericana. La economía soviética, sus recursos y sus fallas. El mundo en formación y los nuevos factores que intervendrán en él: África, América del Sud. Para tratar este último punto, el autor se atiene exclusivamente al Brasil y deja de lado el conjunto de recursos que posee la Argentina. Esto importa una falla sensible tanto más que, de tener

presente nuestra inmensa riqueza petrolífera, quizás el autor hubiere podido dar una solución racional al problema energético sudamericano.

En resumen, se trata de un volumen altamente sugestivo y que hará reflexionar intensamente al lector. Además, por los innumerables datos poco conocidos que aporta, ofrece un valioso panorama del mundo actual, medio en que el hombre se halla sumergido y contra el cual debe luchar desesperadamente.

J. F. Finó

La vulgarisation de la science par les livres à bon marché, por
J. L. CRAMMER. Paris, UNESCO, 1949, 18 p. (Documentos
Unesco/NS/69, 25 avril 1949).

Una de las finalidades específicas de la Unesco consiste en el estudio de los medios adecuados para lograr una mayor difusión de los conocimientos científicos dentro de las masas populares. A tal objeto se ha emprendido una serie de trabajos que permitan disponer de suficientes elementos de juicio para una ulterior acción. Entre dichos trabajos se destaca el que aquí reseñamos, consagrado al examen de los problemas planteados por las ediciones a bajo costo de libros científicos.

En la "Advertencia Previa" se señala, con justa razón, que un estudio completo implicaría realizar encuestas en los distintos países y comparar luego los resultados así obtenidos. En otras palabras, es necesario un trabajo de equipo. Este procedimiento, único que permite alcanzar resultados certeros, es lento y engorroso. De ahí la necesidad de realizar un trabajo previo, pidiendo un informe a una persona con experiencia de estas cuestiones. No se obtendrán así conclusiones definitivas pero, por lo menos, se dispondrá de una base de discusión.

El autor, médico inglés, conocido por sus trabajos de difusión científica y vinculado con los *Penguins Books*, tiene sobrada práctica en lo concerniente a las ediciones a bajo costo. Ello lo calificaba especialmente para este estudio.

La vulgarización de la ciencia, o mejor dicho, su difusión, plantea cuestiones difíciles de resolver. "En primer término ¿cuál es la finalidad de dicha difusión? ¿Se trata, por ventura, de informar al mayor número posible de personas o bien se trata de despertar en los profanos el deseo de adquirir conocimientos científicos? En este último supuesto, ya no se trataría de anotar las masas sino de alcanzar una élite, es decir, una fracción reducida pero influyente en el cuerpo so-

cial. La democracia nada tiene que hacer aquí. Bastaría por ejemplo, lograr que los redactores y periodistas de Gran Bretaña se interesen por las ciencias y conozcan sus principales aspectos, para modificar el modo de ver de toda la población de las Islas Británicas.”

El autor entra entonces a considerar los motivos que fundamentan la tarea de difusión científica. A su juicio son varios: En primer término la necesidad de formar individuos que puedan ayudar a los investigadores en sus tareas. En efecto, la ciencia progresa no sólo por obra de los sabios propiamente dichos, sino que, en muchos casos, se necesitan técnicos auxiliares, que ejecuten las directivas impartidas por aquéllos. Por otra parte, las obras de difusión científica permiten que cada especialista, sabio o investigador, se anoticie de los progresos alcanzados en las demás ramas del saber. Que el fisiólogo, por ejemplo, conozca las líneas fundamentales de la astronomía o que el físico se entere de los resultados alcanzados últimamente en los dominios de la botánica. Ello permite despertar nuevas ideas en la mente del fisiólogo o del físico y, al realizar la unidad de la Ciencia desmeduzada por la especialización, contribuye a su más cabal desarrollo. Por último, la difusión de la ciencia despierta el amor y respeto hacia ella y, sobre todo, hace que sus resultados pasen al dominio público para ser utilizados por el legislador y el gobernante en bien de la comunidad. Cabe observar aquí que Ortega y Gasset, en su *Misión de la Universidad*, ya destacaba la importancia fundamental de estas tareas: rehacer la unidad vital del hombre pensante, hecho pedazo por la especialización y dar a aquellos que ocupan los puestos de mando de la sociedad —así sean nobles, burgueses o proletarios— la capacitación cultural suficiente para cumplir con su mandato (1).

Difundir la ciencia por medio de publicaciones a bajo precio no es cosa fácil ni sencilla. En efecto, un autor de reconocida capacidad puede no tener interés en que su obra sea publicada en “edición económica”, ya que los derechos que él percibe son porcentajes del precio de venta y que el volumen de dicha venta no suele crecer proporcionalmente con la disminución del precio del libro. Por iguales razones el librero tampoco tiene interés en los libros baratos, salvo si ellos importan una propaganda para su establecimiento. En cuanto al editor, para poder financiar estas publicaciones, debe calcular con gran precisión sus márgenes de beneficios. Basta cualquier modificación ulterior en los costos (papel, salarios, etc.) para desbaratar sus cálculos y, si acaso, llevarlo a la quiebra. Vemos entonces que tanto los autores como los libreros y los editores pueden ser reacios a las ediciones de

(1) ORTEGA Y GASSET, J., *Misión de la Universidad* (en su: *El Libro de las Misiones*, 3ª ed., Bs. As., Espasa-Calpe, 1944, pág. 77-81).

bajo precio. Por último, es menester recordar que el lector no siempre compra un libro por el mero hecho de ser éste barato, sino que median otros factores. El principal de ellos es lo que podríamos llamar la "receptividad del medio". El lector compra lo que le interesa y este interés depende de muchas circunstancias: lugar, época, actualidad de algunas cuestiones, etc. A la fecha del informe del Dr. Crammer (1949) países tan cultos como Italia demostraban escaso interés por las obras científicas pese a que obras de igual tipo eran muy solicitadas en otras naciones. Existen también variaciones bruceas. Países que poco se interesan por las ciencias y que, súbitamente, sin que pueda saberse el motivo, se aficionan por ellas. Tal fué el caso de Gran Bretaña a partir de 1939.

El éxito de una campaña de difusión científica no estriba pues únicamente en publicar libros a bajo precio; es necesario que el público se interese por ellos para lo cual es menester que las obras llenen ciertos requisitos. Desde luego que la presentación —papel y tipografía— deberá ser correcta aunque no lujosa. En segundo lugar debe cuidarse que el material ilustrativo —gráficos, láminas, etc.— sea de calidad suficiente como para llenar su misión: aclarar y hacer comprensible las explicaciones del texto. En cuanto al texto propiamente dicho, éste debe merecer especial cuidado. El lector no es un especialista en la disciplina de que trata la obra. Es necesario entonces explicarle, en idioma accesible y sencillo, aún aquellas nociones que parecen elementales a un investigador avezado. Al mismo tiempo este texto debe resultar atractivo y sugerente. Redactar una obra de difusión científica es "un arte que exige mucho más imaginación que aquella requerida para preparar un manual o un tratado científico. El libro de difusión debe ser atrayente y su lectura clara, apasionante. Hay que estimular la imaginación y los pensamientos del lector interesándolo por las posibilidades nuevas que se extienden ante él... En resumidas cuentas, una obra de difusión científica a igual de una obra de historia, de viajes, de arte o de biografía, estará destinada al éxito o al fracaso según que interese o no la imaginación del lector". Es del caso recordar aquí que aquellos maestros de nombre Walter Scott, Alejandro Dumas, Fenimore Cooper, Julio Verne, Ricardo Palma, llenaban precisamente ese requisito. Brindaban un cúmulo de conocimiento —mayores y más sólidos de lo que generalmente se dice— en una forma que interesaba directamente a la imaginación del lector. De ahí la resonancia de sus obras donde generaciones de jóvenes adquirieron tantas nociones exactas sobre el mundo, la historia y el hombre.

Podría agregarse otra consideración. Para que el libro tenga adquirentes es menester que el gusto por la lectura esté difundido en las masas y que los posibles interesados tengan noticias de la publicación de

aquellas obras susceptibles de atraerlos. Ello se logra principalmente de dos maneras: por medio de bibliotecas y mediante bibliografías. El tema ha sido tratado oportunamente por nuestro colega C. V. Penna (*) y, por consiguiente, basta con indicarlo.

Tales son las principales observaciones que formula el Dr. Crammer. Sus constataciones, reforzadas por estadísticas y cuadros resúmenes, merecen ser meditadas por todos aquellos que —en mayor o menor grado— colaboran en la noble tarea de difundir la ciencia.

J. Frederic Finó

A history of libraries, por A. HESSEL, translated with supplementary material. By R. Peiss, Washington, Scarecrow Press, 1950, v + 198 p.

La literatura concerniente a la historia de las bibliotecas es muy extensa. Sin embargo faltan obras que, dentro de un número razonable de páginas, puedan ofrecer un panorama documentada de la evolución sufrida por estos organismos.

Existen, desde luego las obras de A. Esdailles referentes a las grandes bibliotecas del mundo, las de W. Thompson sobre bibliotecas en la Antigüedad y en la Edad Media, así como los artículos que *La Grande Encyclopédie* consagra al tema y que no han sido aún reemplazados. Pero ninguno de estos trabajos suministra una visión completa del problema y de sus aspectos contemporáneos.

El libro de Hessel —ampliado y adaptado por su traductor— viene, precisamente, a suplir esta necesidad. En sucesivos capítulos se estudian las bibliotecas en la Antigüedad, en la Edad Media antes de Carlomagno, en el período post-carolíneo, en la baja Edad Media, en el Renacimiento, durante la Reforma y el siglo XVII, en el siglo de las luces, la Revolución Francesa y el siglo XIX. El capítulo final, del siglo XIX al XX, ha sido reescrito por el traductor, reemplazando así al primitivo que, redactado antes de la pasada guerra, había perdido actualidad.

La información es seria, precisa y pocas observaciones podrían formularse al respecto. Del mismo modo, la bibliografía es amplia e ilus-

(*) PENNA, C. V., *Bibliografías y bibliotecas como impulsoras de la industria de libro* (En: *Argentina Gráfica*, año VIII, n° 89-90, Bs. As., Asociación Industriales Gráficas de la Argentina "Siga", nov.-dic. de 1943, pág. 91-102).

trativa. En cuanto al índice alfabético, éste resulta de suma utilidad para la búsqueda de cualquier dato determinado. En cambio, la presentación da lugar a serios reparos. La obra ha sido impreso por medio de "rotaprint". Esto da un aspecto poco agradable al libro, tanto más que no se han utilizado las modernas máquinas de escribir que permiten alinear perfectamente ambos márgenes. El sistema de reproducción elegido ha obligado a poner todas las notas al final del volumen, lo cual resulta harto incómodo para el lector. Por último, se han omitido las ilustraciones que acompañaban a la obra original y que constituían una valiosa ayuda para el estudioso afecto a tener una visión exacta de las cosas.

Pese a estas reservas y tal cual aparece en su versión inglesa, la obra de Hessel resultará de gran utilidad. Sería de desear una traducción castellana ya que, salvo los *Apuntes de bibliotecografía* publicados por Tumburus en 1913, y alguno que otro trabajo breve y somero, no tenemos nada equivalente en nuestro idioma.

J. F. Finó

¿Qué es la Literatura?, por JEAN-PAUL SARTRE, Editorial Lo-sada, 1950.

Este es el ensayista de combate Sartre, fijando su posición ante las críticas del comunismo y el liberalismo, da su programa de acción, destruyendo todos los criterios que vulneran en mayor o menor medida su concepción de la escritura, y ofrece un panorama de construcción orgánica como guía para el escritor del porvenir. Todo el libro está encaminado a fijar su noción acerca del tema del compromiso literario. Renace a la palestra el viejo problema y viene saturado por la peculiar visión del mundo que tiene el autor.

Está compuesto por los siguientes ensayos: "Presentación de "Los tiempos Modernos", "La nacionalización de la literatura", y "Que es la literatura", descompuesto en cuatro estudios parciales acerca de "Qué es escribir?", "Por qué escribir?", "Para quién se escribe?", y "Situación del escritor en 1947". Todos tienen un solo centro y una tónica peculiar que transcurre por ellos para llegar a las conclusiones finales constructivas.

Su fundamento para la crítica de la posición antecedente del escritor, está dada en ciertos presupuestos básicos: la revalorización de la posición del escritor en la sociedad, salido de la clase burguesa, puro consumidor parásito de las fuerzas económicas, su acercamiento al proleta-

riado le va a dar el sentido de la marcha futura; la separación tangencial entre lo que fué "público" del escritor hasta el siglo XIX, y la carencia de ese público en la actualidad; y la posición de ser exclusivamente expositor de la libertad que la literatura presupone, y mantenerse alejado y aún repudiando la injusticia servida como oportunos "medios" para todo partido político actual.

La característica principal del escritor que tenga el nombre de tal con autoridad y conciencia, está dada en ese escribir para la época que actual o potencialmente vive, amar su circunstancia por sobre cualquier tara que presente. Tal es para Sartre la valentía de superación que sobre esos cánceres internos se puede tentar. La búsqueda del "absoluto" se realiza dentro de ese cotidiano relativo. Expresando, aún más haciendo una acción de lo que se puede mostrar como detenido y fiado, es como el escritor actúa, proscrito de todo sistema que le exige la entrega de su libertad creadora, vaga contra la corriente de la opinión de los solitarios entre la multitud, escribe para fantasmas que no siente ya más como público, y sabe que jamás lo sentirá así. Desprestigiado por la burguesía de la cual partió, expulsado del proletariado por sospechoso, vaga sin más situación que la que el juego de esa libertad le puede dar. Y cabalmente, para Sartre, es esta "situación" que fija el escritor con su época lo que lo define y da un sentido a su creación.

Haga lo que haga está eligiendo, y dentro de la elección se compromete siempre: aún la inacción es elección. Y esa elección arrastra no ya tan sólo su prestigio dentro de cualquier clan o sociedad, característica hasta la posguerra pasada, sino a la frustración que a la sociedad entera acarrea este permiso que ella le da de consumir por puro juego, sin participar dentro del engranaje masivo y aún escribiendo para lograr su destrucción. Negando la inmortalidad, ahincándose en lo relativo, no mirando hacia el futuro, es el eterno presente kikergerdeano el que se da como desideratum. Tratar de engranar dentro de las fuerzas que van a la cabeza de la civilización: el proletariado, es lo que va a dar la función social a su escritura, función que jamás ha debido perderse. Pero las causas de esta pérdida se dieron por ese mismo "olimpismo" del escritor en separarse dentro de cierta clerecía de ese mismo pueblo y de sentirlo como una misma cosa con su pasión fundamental: la libertad en la creación.

Por todo ello la división del público que ese escritor ha tenido es bien definida: el real, público casi siempre reducido, de afinidades políticas, sociales, económicas o de clerecía, y el virtual, más vasto, por estar formado por aquellos a quienes repercutirá todo lo expresado o actuado por el escritor, quizás en siglos muy posteriores, o tan alejados de él en la circunstancia que jamás, y salvo contadas excepciones, se dieron coaligados en ninguna obra común. El pasaje a los embotella-

mientos literarios roído por las polillas ha sido el destino hasta ahora de todo el grueso de los escritores, su acción, su "praxis" ha sido nula, islas perdidas sin ligaduras con los destinatarios virtuales, giraron entre un acantonamiento para lo superficial de la sociedad y un ansia nunca colmada de unión con aquello que tan solo se presentían.

El humanismo de Sarte se revela en la puesta en el centro de toda impulsión de sus pasiones y sus caídas, sus fracasos y sus alzamientos. El hombre es el centro del universo, aún Dios si existiera lo sería en relación a él. Para que todos los demás hombres asuman sus responsabilidades ante el hombre, el escritor lo revela tal como es, al desnudo, para que nadie pueda ignorar al mundo y creerse inocente, así quedan desplazadas las características que se creyeron hacían al escritor, el puro juego verbal, la belleza de lo descrito. Hoy es solo un arma enfrentando a todos con muchos filos y exigencias, entregada a la lectura va encaminada a lograr la comunión dentro de la dispersión. Aquí se dá el enlace indispensable para responder a la cuestión de "¿por qué escribir?", la lectura es participación, es un consentirse con el escritor, alejado y perdido. Llamada a la libertad del lector es una invitación a la actuación, el libro es proceso para llamar al odio, al deseo, recuperación del mundo tal cual es como si tuviera su fuente en la libertad humana. La llamada "literatura negra" deja entonces de ser tal, por tenebroso que sea el panorama ofrecido se da en esa forma, para que los hombres experimenten ante él su propia libertad.

La cuestión de las distensiones que se han ido produciendo entre el escritor y su público las muestra Sarte dialécticamente. A través de un estudio por varios siglos presenta esa relación con las clases sociales. Cómplice de su público el escritor se sume aún sin saberlo en la época y en la clase de la que proviene. Culmina en la ruptura con la burguesía, la esencia de la literatura se pone en crisis, y preparan inconcientemente su propia perdición al ver desaparecer el objeto de sus reivindicaciones desde el siglo XVIII. Nace la defensa de su oficio por la formación del grupo reducido y el juego formal de los caracteres más corticales, la burguesía en triunfo admite al escritor por su ineficacia y porque ya no molesta a nadie. Pero la situación no dura: con el avance de la clase obrera, se crea la enemistad de la burguesía y la desconfianza de los que ven en él un parásito de la producción. Es entonces cuando su público se pierde, burgués él mismo nada puede ofrecer como panacea a los burgueses, su retrato de ellos los vulnera y comienza a ser peligroso. Los partidos obreros persiguen a los escritores por su negatividad, y el revolucionarismo del escritor está más que nunca diluído en difusos lamentos de propios procedimientos sin eco actual ni afirmaciones.

Una buena porción de la literatura se enajena: vive pegada a una

ideología extra-literaria sin llegar a la conciencia de su autonomía. En busca del mito, no ven en él las exigencias de un público oculto pero que responde siempre a una tónica opuesta a la libertad. Pero la situación deriva en la angustia, situación paralela a la de la burguesía toda, y esa situación dará el síntoma de su acercamiento al verdadero sentido de su labor.

Dos caminos se le ofrecen para superar esa angustia en la actualidad: el afincamiento en la conciencia fundamental de lo que tiene que realizar como escritor, o la afiliación política. Esta última es analizada por Sartre con las dimensiones muy actuales entre las que gira paralelamente el mundo: el capitalismo y el comunismo. Su posición intermedia es bien conocida: solo, el escritor no puede dar su asentimiento a ninguno de los dos regímenes que niegan su libertad funcional y esencial. Le queda el camino de la expresión genuina de su época por la praxis. La literatura se salvará por ese actuar del escritor, por una constante puesta en marcha de la acción envolviendo la existencia enteramente, esta será acción o no será nada. Todo una deontología del oficio nos da Sartre para ello, una técnica que se exige, un aprendizaje, un estar saturado de existencia para poder hacer de esa praxis el impulso fundamental de la escritura. El hacer es revelador del ser. Hundir las cosas en la acción, en la relatividad histórica y en lo absoluto moral y metafísico, acerca de ello dice Sartre: "no se trata de elegir nuestra época, sino de elegirnos en ella". Abolviendo la burguesía, renegando de ella, hundiéndola para siempre por la negatividad que en sí misma carga, y tendiendo a sentirse unido progresivamente con el proletariado es como el escritor salva, sino a la literatura, a sí mismo, a la burguesía ya no tiene más que decirle, si sus conquistas fueron óptimas, sus crímenes y sus culpas indican la hora de la descomposición.

El impulso pues está dado en: 1º Empadronar a los lectores virtuales, categorías sociales que no leen pero pueden hacerlo; 2º lograrlo no rebajando su oficio por la vulgarización, "agradando" o divirtiendo, sino dando la "necesidad de leer" como exigencia propia y conseguir así la comunidad en integración simbólica. En esta toma de posición, afirma el escritor su positividad, su eficacia en la acción. Anexamente, la depuración del lenguaje, y el tecnicismo van siendo resultancias que vienen por añadidura. La literatura se hará moral y problemática, moral, no moralizadora: que muestre también que el hombre es también un valor y que los problemas son siempre "morales". Y que sea una invención: con fines que se inventan, y al inventarlos se inventan a sí mismo. Al final: la literatura se salva porque está ligada a la condición humana. Perdiéndose el hombre es como ella se pierde. Por medio de la literatura lo colectivo y la masa pasa a la reflexión y a la me-

ditación, adquiere una imaginación turbada y desequilibrada de sí misma, y tiende a su modificación constante. Será la literatura lo que los hombres sean, volviendo a la intrascendencia y a la diversión, o a la propaganda, volverá a caer a lo inmediato, es decir la vida sin historia. La afirmación última nos dice: "todo esto es poco importante: el mundo puede prescindir perfectamente de la literatura. Pero puede prescindir del hombre mejor".

Sea cual sea la posición que tomemos ante Sartre, no se puede menos que reconocer en él la pasión sincera por dar un criterio orientador al escritor actual. Sumido en la época, da la peculiar conciencia de ella con despojamiento absoluto de credos y doctrinas. En el cúmulo de corrientes diversas que transcurren por todos los flancos del solitario que se dedica a imaginar en la sociedad de hoy, todo lo que haga estará "contra la corriente", y por consiguiente se repugnará de él. Solamente quienes se encuentran ceñidos a una fe extra-literaria, avanzan con el paso seguro por caminos que la política o la economía le abren. Pero la situación del escritor en relación a la circunstancia es de paradójico alejamiento de los caminos fáciles. La búsqueda de lo impredecible y tortuoso ha sido abrazada, y aquí en esta obra se halla retratado un destino y una enseñanza. Enseñanza de todo un pasado clausurado de miserias y claudicaciones, destino de sacrificio y de incomprendibilidad. La meta, invisible como el público, la satisfacción inexistente, la penuria cotidiana. Entre estas vías marcha el escritor en esta parte del siglo, solo su acción dentro del todo, fundiéndose en él y padeciendo con él puede darle una sola misión: expresar su época lanzado hacia un futuro nebuloso con medios cada vez más capaces de legitimar la libertad y la justicia. Tal el sedimento que este libro puede dejar para quien se acerque a él traspassando rivalidades de principios, y solo viendo en sus ponencias el hambre de esclarecimiento que padecemos entre tanta confusión.

Jorge Osvaldo Pérez

Historia de Europa en el Siglo XIX, por BENEDETTO CROCE,
Editorial Imán, 1950.

Se edita en nuestro medio una de las obras fundamentales para llegar a la estructuración total del pensamiento crociano. Croce es filósofo de ideas definitivas y también filósofo único quizás por el criterio de no formar escuela ni tendencia tal como es tan corriente en nuestro tiempo. Sus ideas son definitivas por doble sentido: de estar sólida-

mente fundamentadas; en un idealismo de basamento germánico y con postulados incommovibles a través del tiempo al quedar incorporado a todo el sistema hegeliano, de por sí definitivo para la historia de las ideas, ese es el respaldo de Croce, vertebral digamos; por otra parte la labor teórica de Croce se ha fundido tan íntimamente con su personalidad que a pesar de todo aquel idealismo y logicidad de estructura, la pasión jamás está ausente y se unen ambas impulsiones: sentimiento y razón para dar toda una atmósfera peculiar al pensamiento de este verdadero práctico de la filosofía, combatiente de su sola escuela, fervoroso de su sola causa.

En esta obra hay un sentimiento que traspasa todas sus ponencias y sus soluciones: el de la libertad. Es por ello quizás su único libro en el cual la pasión llega a desbordar la matematicidad característica en la exposición de todos sus otros libros. Y ello por la razón de prestarse del tema que es historia, pero historia traspasada de sentimiento, sin interpretaciones aventuradas, sin panaceas extrarrealas, sin efusiones partidistas. Croce da ese sentido de la lucha por la libertad a través de todo un siglo con parangón exacto con cualquier lucha novelada en pro de una pasión individual.

Si recibimos el hecho histórico tal como se nos presenta estaremos siempre dentro de la historiografía. Superar esa visión estrecha y a la vez parcial fué lo que caracterizó a un Seignobos o a un Guizot, fué labor de esa magnífica ciencia histórica que tuvo su origen en el siglo XIX precisamente. Ciencia que adquiere los lindes de la filosofía después de un siglo con Toynbee, Spengler, Aron. Pero Croce, aunque munido de idéntico bagaje, de parejo impulso, llega a dar una visión diversa a la de aquellos. Ante todo su apego por el hecho histórico es más estrecho, las consecuencias están extraídas sobre la cadencia del momento en que se van viviendo los acontecimientos; ninguna tesis está colocada a priori, ninguna filosofía se da como programa metódico, lo único es la estructura total de la investigación que se siente recorrida, por esa pasión de la libertad que si bien no explica el mero hecho histórico, lo va engarzando con antecedentes y consecuencias para llegar a la explicación siempre velada y como dejada a cargo del lector.

Croce es un hijo de su siglo XIX, del liberalismo, de ese liberalismo del fin de siglo transante con precauciones con los sistemas transpersonalistas, transacción realizada más que nada por honestidad intelectual que por cálculo de balance entre algo que se ama y se defiende y los medios oportunos y adecuados para sobrellevar la pérdida en alguna parte, en las partes quizás más viscerales. Honestidad científica que ve derrumbarse ese conglomerado de ideas y sentimientos que lo han formado, que presiente la carencia de respuestas a las nuevas condicio-

nes y formas de vida que sin saber cómo ni por qué llegan en aluvión para destruir o siquiera socavar todo el andamiaje.

Desde "La religión de la libertad" hasta las últimas derivaciones de aquella misma fe que hizo a los hombres levantar montañas, corre idéntico afán en Croce, afán siempre vindicativo de la libertad, propósito de salvarla a toda costa, de las culpas, de las miserias acumuladas en su contra, de las inconexiones entre las vertebraciones sociales que no responden a los criterios del siglo anterior y aquel espíritu puro fervor que pretende la conservación de todo aquel pensamiento que fué único e insuperable para parejas condiciones.

El criterio liberal para Croce es una conquista ya fundamental de la cultura, unido quizás a los derechos más esenciales, a la vida, a la libre disposición de la voluntad, en fin, a pesar de cualquier falta de adecuación con los nuevos tiempos que sufra el liberalismo como sistema político, como impulso cultural o civilizador, desde el siglo XIX se asentó con firmeza definitiva la libertad como substancial a la entidad hombre. Y esto es lo noble en la obra crociana, esto salva cualquier exageración apologética, cualquier desinterpretación razonablemente explicable para quien está aferrado con ideas definitivos a toda una época, y ya sabemos lo difícil que es cortar con toda esa carga echada encima de educación, tradición, costumbres, que va a formar como elemento irracional la censura y las repulsas de cualquier vigilia por intelectual que sea. (Tal Gide, potente lucha entre dos distensiones antitéticas, venciendo la más vieja, la quizás más dejada de lado por razón de insuficiencia).

Si bien siempre el estilo de Croce se ha caracterizado por ese ánimo de cosa viva que va impulsando al lector más incauto hasta un final como si fueran desenlaces de ficción, en esta "Historia" esa característica se hace más notable. El estilo conciso y directo, ese llegar a las cosas mismas sin rodeos ni presupuestos, esa erudición que no fatiga, hacen de la obra una muestra de lo que debe ser un programa de difusión vasta de cultura, sin perder la serenidad científica al mismo tiempo. Esa erudición está puesta más que nada, como acompañamiento necesario de toda consecuencia que se extrae, como un criterio de solvencia honrada, para hacer ver lo que paradójicamente es evidente por sí mismo y la mayoría no verá, para dejar siempre un margen aún a la crítica opuesta, a pesar de las ideas definitivas y totales, para hacer toda la construcción algo relativa al fin, para separarla de la rotundidad de toda la filosofía hegeliana. Y en esto quizás Croce no preve la resultancia. Hay cierto ceñimientos en ocasiones a ideales puramente emocionales, que le hacen derivar en consecuencias sólo explicables por su misma formación liberal, pero jamás queda cerrada la vía para la interpretación diversa, nunca hay estructuración vertical

u horizontal de la historia. Es por ello, que cualquiera sea la postura, que se tome ante el hecho histórico, jamás podrá concebirse torcidamente la intención de Croce, buena fe siempre, idealismo esperanzado quizás y casi utópico a menudo, apasionamiento a ultranza muy pocas veces.

Encontramos en la obra capítulos definitivos, tal los dos últimos, "La época liberal" y "La política internacional, el activismo y la guerra mundial". En el primero se traduce toda la posición del viejo intelectual liberal que conoce el término bastante próximo de todo lo que sustentó no solo su pasión, sino sus mismas bases teóricas. Observemos este ejemplo: "Si bien la mera forma institucional y jurídica tiene su importancia, no basta para indicar el grado de libertad de un pueblo ni tampoco para asegurar la real existencia de esa libertad, porque hay formas vacías, y otras poco o tan extrañamente llenas que permiten hablar de un «parlamentarismo de apariencia»"... "El sufragio más o menos amplio o hasta universal tampoco dice nada sobre la extensión y profundidad del liberalismo, habiendo en ciertos casos mayor sentimiento, costumbres y acciones liberales en países con sufragio menos extenso que en otros que lo tienen amplísimo, como se ha recordado, siendo muchas veces el sufragio universal muy querido por los enemigos de la libertad".

Ya estamos así lejos de aquel formalismo liberal y jurnaturalista que tuvo la primera parte del siglo XIX, antes de las desilusiones, de las crueles paradojas que sobrevendrían. Croce está concientemente alerta sobre esas mistificaciones, de la prostitución de los términos que llegaron a significar todo y nada por desmonetización progresiva de los valores que contenían, como abstracto, de ese hacerlos valer más allá de su sola significación, de esa idealización que cargaba siempre el propósito de conducir rebaños y no hombres, de tentar la conducción más allá de los designios de los pocos que se llamaron idealistas, y hacer a la masa conveniente vocera de las más descarriadas intenciones que también fueron hijas del siglo XIX: el nacionalismo, el transpersonalismo o la prepotencia internacional. Esa culminación del siglo XIX fué la que formó a Croce políticamente: él repudia el "romanticismo decadente", no vé en René o Atala más que el "primado conferido a veces al sentimiento o al rapto místico", los que "implicaban también una polémica justificada contra el intelectualismo abstracto y en forma irracional y provisoria un núcleo de verdad racional". Ese valor perdurable que halla en el romanticismo está en los filósofos de la época, en Hegel sobre todo, parejamente en Goethe. Allí finca la verdadera situación de Croce como hijo del siglo: en su ceñimiento a las fuerzas más perdurables, y por relación de afinidad a su propia obra con los intelectuales más severos en sus juicios, rotundos en sus afirmaciones,

sistemáticos. El "mal del siglo" es repudiado quizás por ese repudio constante a través de toda la obra crociana a lo irracional o a lo sentimental (toda la "Filosofía della pratica").

Otra nota fundamental que se advierte en la obra es el ataque constante al clericalismo. Todo el siglo fué anticlerical, desde los momentos de la Revolución hasta los ataques frustrados de Bismarck. Fué condición esencial de todo buen liberal (o que tuviera apariencia de ello) ver en los torcimientos del sino profético del liberalismo, en las fuerzas desconocidas que variaban todo lo conseguido duramente, ver en todo ello "la mano del clero". Ataca por ello Croce la posición del catolicismo en su última época, cuando al ver perdidas antiguas posiciones, arrebatadas ya definitivamente por el socialismo ateo, toma cierto matiz de reivindicación social y lo entronca con lo que por siglos había sido genuinamente opuesto a ello: "El socialismo de *Estado* solo servía para tal fin, cuando no era de un Estado conservador o reaccionario, sino que tal naturaleza que respondía a la acción popular; y el católico o cristiano salía fuera de la política, apareciendo vacía de pensamiento político la célebre encíclica de León XIII, *Rerum Novarum*". Como criterio general afirma del socialismo: "precisamente porque el socialismo genuino y efectivo 'pertenece al mundo de la libertad, la medida de su progreso se da por su obra en favor de la libertad, aunque no tenga conciencia de ello o la conquiste tarde o solo en alguno de sus apóstoles'. ¿Veremos en estas palabras una mirada de esperanza hacia las experiencias rusas? Posiblemente como tantos liberales de viejo cuño, Croce sufrió la desilusión de algo que esperó hubiese sido la edificación más fuerte del pensamiento liberal, separándolo al fin de la acechanza que la economía capitalista durante todo el siglo había realizado para hacerlo servir a sus fines.

En el tema del "activismo", Croce concentra su acusación ya definida contra todas las derivaciones filosóficas y estéticas del irracionalismo. La acusación es total: el activismo "no es directa y propiamente reaccionario, como se le ha considerado por alguno de sus alardes quiméricos, por ciertas ocasionales decoraciones de "ancien régime", de monarquismo a lo Luis XIV, de contrarreforma, etc., carece de todo apoyo en la vieja historia y lleva en la fisonomía sin careta las huellas del industrialismo moderno, y de la psicología que favorece, hasta el punto que por tal aspecto suyo, también se le ha llamado a veces «americanismo»". Ese ataque es el de un hombre que considera la marcha del mundo firmemente apoyado en las "visiones claras y distintas", con la ayuda de una razón que sin caer posiblemente en ismos, lo hace alejar de una vasta zona del arte y de la vida que quizás se encuentre contaminada, pero que merece a pesar de ello salvarse. y ello desde su propia culpabilidad. Recuérdense las obras.

de Jaspers, su concepción de la libertad puramente moral, ese no desinteresarse por definición del prójimo, ese logro de la trascendencia, de la comunicación que permitirá convertir a la política en una auténtica servidora de la libertad; todo ello coloca a Jaspers en una posición similar a la de Crice y a la vez antitética: Jaspers está en el otro extremo de la escala, su existencialismo no es "activismo", y tiende a salvar siquiera en parte la condenación que han echado filósofos racionales y lúcidos como Croce, contra todo un sistema de vida que es representante de este siglo XX, así como el de Croce representó el anterior.

Termina la obra con una esperanza de revaloración liberal, pero ello conseguido por la calidad de exclusividad de élite, que ha tomado en nuestro siglo todos los elementos necesarios para componerse. No podemos negar la sinceridad de estas palabras: "Cuando oímos preguntar si la libertad le pertenece o no lo que se llama porvenir, es preciso responder que ella tiene algo mejor: la eternidad... y lo que vale más todavía: está en muchos nobles intelectos de todas partes del mundo que dispersos y aislados, reducidos casi a una aristocrática pero pequeña *república literaria*, aún le tienen fe, la circundan de mayor reverencia y la persiguen con amor más ardiente que en los tiempos en que el vulgo se agrupaba a su alrededor clamando su nombre, contaque ofendían a la libertad o ponían en duda su absoluto señorío, y minándola así de una vulgaridad (f) de la cual ahora se ha limpiado". Palabras que indican el camino más cierto en el cual desembocaron todos los liberales de aquel siglo: la reserva para un grupo sumamente intelectualizado de todo lo que fuera el secreto en el manejo de las fuerzas que esa libertad contiene. Las experiencias de la última guerra han dado un rotundo desmentido a esta desviación, se sintió la libertad quizás como en su origen, como algo intuitivo, e irracionalmente sentido por la parte más noble de los pueblos, y que para desgracia de aquel propósito de tantos liberales de tipo crociano, no fué precisamente ninguna "república literaria", ni tampoco el pensamiento puramente especulativo, sino quienes sufrieron en su carne y en su alma la verdadera miseria espiritual: la carencia de toda libertad. Retoma entonces ella ahora la característica que hace a su substancia: el ser componente insustituible de lo que hace al hombre diferente del animal.

Jorge Osvaldo Pérez

La segura mano de Dios, por ERSKINE CALDWELL, Editorial
Hermes, México, 1950.

Vuelve Caldwell en esta descripción de la vida de hombres y mujeres del sud de los Estados Unidos, a darnos una nueva variación sobre antiguo tema. Su forma descriptiva ya es bien conocida, el despojamiento absoluto de términos intermedios en el abundante diálogo, la sucesión de las escenas sin explicaciones superfluas, y sobre todo una atmósfera constante de cierta especie de humorismo, que matiza en oportunidades la crudeza del drama. La forma más cercana a la teatral es la favorita de Caldwell, se sigue un diálogo al otro dándonos no solo el clima progresivo de las situaciones, sino, y es lo importante, el ambiente y las impulsiones más íntimas de los personajes.

Desde "El camino del tabaco", Caldwell fué evolutivamente distendiendo los mismos temas en variaciones que las más de las veces llevaban una tesis constante: un determinismo insuperable en las relaciones humanas. La no-salida que es patrimonio de la literatura de hoy, en Caldwell aparece mordazmente documentada. Sus personajes están entrelazados en una serie de concausas que jamás entren por entero pero los arrastran hacia un sino bárbaro y sin ubicación en moraleja alguna. Bien oportuna es la afirmación acerca de la dificultad que existe en provocar la risa, superior al llanto, y de que el verdadero artista dionisiaco se lanza hacia la desesperación por los caminos más imprevisibles, entre los cuales lo grotesco se halla como paradoja. A menudo los diálogos de estos personajes están dados en lo grotesco, y ello mismo produce la impresión primera de la tragedia.

El drama de Mrs. Rowser, está trazado desde el comienzo, a pesar de los arduos que tiende al destino para torcer su determinación última de hundirla. Caerá bajo la "segura mano de Dios", que se muestra como el leit-motiv de toda la trama. Jamás podrá resultar factible ninguna de las triquiñuelas que entreteje para salir de la crítica situación de viuda reciente de pésima reputación para un pequeño pueblo sumido en tradiciones de respetabilidad y puritanismo. La voz del pastor Bigbee, (la ascendencia de Caldwell puesta dentro del culto protestante, hace que coloque siempre paradójicamente algún pastor en sus obras), será la admonición constante que llamará a la pobre Mrs. Bowser a la realidad, lo mismo que Mr. Denton, con sus oportunas recomendaciones para que vaya a vivir al lugar que le corresponde, al "Hoyo", junto con los negros y los miserables de la zona. Tiene que operarse todo el periplo cumplido de las desventuras por las que pasa antes que se de cuenta que aquella mano de Dios desde siempre ha estado por alcanzarla, y solo se ha detenido algún tiempo, para darle la flaca ilusión de poder estar en con-

tra de todo lo ordenado y establecido desde un tiempo que Mrs. Bowser no comprende ni como ni por qué. Cuando todo cae en lo predeterminado desde un comienzo, cuando Mrs. Bowser es radiada a la zona miserable del pueblo de Agrícola, ("community" típica de la estrechez de miras en las poblaciones con menos de diez mil habitantes de la Unión), entonces, sí, recién el clamor social puede apagarse y la conmiseración entra a tomar su lugar. El destino se ha cernido constantemente sobre esos pobres seres, y se ha burlado de ellos en cuanta oportunidad ha tenido, dándole la ilusión a Lyly de que podrá casarse con el hijo de la familia más próspera del villorrio, a Molly Bowser, de que será raptada por el oportunista Benny, y ambas ven con una crudeza despojada de melindres, que el ciclo tiene que cumplirse, Claude, se casará con Bessie Allbright, la mujer que le ha sido destinada por la "posición social", y él mismo se alejará de Lyly, timorato y con un miedo feroz de manchar en algo la solvencia que pueda tener el Banco de su tío al saberse su unión con "la hija de semejante mujer"; Benny optará por fugarse con Catherine, la esposa de aquel Pastor Bigbee que luchó desde su casamiento por quitar a su mujer sus ropas impúdicas y la costumbre de fumar cigarrillos, "aún estando a solas". Lo cierto es que desde que se encuentra trabada la acción, sabemos sus desenlaces. Hombres y mujeres tenderán hacia un destino que tan solo ellos creen, pero no saldrán de allí. Conocemos perfectamente la serie infinita de causas que se opondrán a que dos mujeres puedan separarse de esa "vida imposible para el elemento femenino", tal como constantemente repite Molly. Se dan caracteres interesantes y como separados dentro de la trama total. Esta es una característica de Caldwell: es raro que sus personajes se encuentren absorbidos por el núcleo central de la acción, siempre deja un margen para la expansión de otros seres anexos a lo principal pero que se muestran sumamente cálidos de vida. Así el Pastor Bigbee, Catherine Bigbee, Benny, Mr. Denton o Jethro Bowser, quedan a la distancia como mundos totales, entramados pero a la vez separados y recortados de la acción principal. Por otra parte, se nos muestran como reproducciones de otros personajes anteriores de Caldwell, variaciones del mismo tema.

Una característica de Caldwell sobresaliente es esa sencillez en la descripción de las situaciones. Por empezar lo que jamás se da es el sentimentalismo mediocre o más aún mediocratizante siempre. Ese lamentarse de cosas que solo deben ser mostradas, ese cariacontecerse por lo que jamás se tuvo ni siquiera la valentía de mostrar, hace que Caldwell supere hoy a los expositores sociales del siglo XIX, y algunos del actual. Es un sucederse tan solo de situaciones que si bien presentidas, solo un sutil analista de lo social y lo humano puede poner en escena.

Por que al fin la novela de Caldwell es un teatro de la más pura especie, sin aditamentos inútiles, es uno de los pocos escritores actuales que ha logrado ese acercamiento progresivo entre novela y teatro. Y no está lejana la intención: la tendencia a representar todo, a que además de mostrarse el problema por sí mismo, tenga la facilidad de representarse, y llenar así la vocación de masa que todos los temas de Caldwell poseen.

Queda la última novela de Caldwell como exponente de una etapa más en su constante exposición de ese mundo que quizás por amarlo más que nadie, lo exprese con la mayor sinceridad, y ello, lo consigue, no ocultando o tapando sus taras, sino revelándolas sin veladuras ni melindres, tal como son en su repugnante fealdad, y es así como se entronca con su época, viviendo en ella y expresándola sin fáciles utopías.

Jorge Osvaldo Pérez